

Método 1 de 2:

Entiende la santidad de Dios

1

Observa la perfección absoluta de Dios. Dios es perfecto en todas las formas posibles: perfecto en amor, perfecto en misericordia, perfecto en enojo, perfecto en justicia y así sucesivamente. Esta perfección se conecta directamente a su santidad.[1]

A Dios no se le puede tentar y no tiene pecado. Como dice Santiago 1:13: "...porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie".

Lo que Dios hace y desea no siempre tiene sentido desde la perspectiva humana, pero ser un creyente significa confiar en que las acciones, los mandamientos y los deseos de Dios son perfectos, aunque no puedas comprenderlos.

2

Piensa en la santidad como parte del carácter de Dios. Dios es santo, pero en otro sentido, Dios es la definición de santidad. No hay nada ni nadie más santo que Dios y la santidad en sí misma se encarna enteramente en Dios.

Dios se diferencia de cualquier otro y su santidad es la raíz de esa "otredad".

La humanidad nunca podrá ser perfectamente santa como es Dios, pero los seres humanos deben buscar emular la santidad de Dios, ya que se crearon a semejanza de Dios.

3

Reflexiona en los mandamientos de Dios para la santidad. Buscar la santidad en tu propia vida es un mandato de Dios, el cual debes obedecer como creyente. La tarea puede parecer abrumadora, pero debes descansar en la certeza de que Dios nunca te pedirá o demandará que hagas algo que no puedas hacer. Por tanto, la santidad está a tu alcance. En Levítico 11:44, Dios declara: "Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificarás, y seréis santos, porque yo soy santo".

Luego, en 1 de Pedro 1:16, Dios reitera: "Sed santos, porque yo soy santo".

Al entender cómo Dios se mueve en tu vida, puedes capacitarte a ti mismo para confiar en Dios y nunca renunciar a la esperanza del cielo. Esta clase de esperanza te proporciona una especie de ancla. Esa ancla puede mantenerte aferrado a la verdad de Dios en tu búsqueda de santidad.

Método 2 de 2:

Busca la santidad en tu vida

1

Pertenece a Dios y anhela la santidad. La verdadera santidad sólo vendrá cuando entregues tu vida completamente a Dios. Al hacerlo, reconocerás cuánta necesidad de santidad tuviste en el pasado y cuánta hambre y sed de santidad tienes en el presente. Para pertenecer a Dios, debes "nacer de nuevo". En otras palabras, necesitas aceptar a Cristo y dejar que el Espíritu Santo obre en tu vida.

Antes de que puedas "anhelar" la santidad, necesitas entender por qué es importante para ti hacer lo que Dios quiere. Dios no demanda cosas de ti simplemente para probarte. En lugar de eso, Dios quiere lo que es mejor para tu bienestar eterno y te da los mandamientos basándose en esa premisa.

Aunque la humanidad anhela naturalmente la santidad, el mundo ofrece tantas distracciones que el apetito de santidad muchas veces se echa a perder. Sin embargo, las distracciones del mundo nunca te ofrecerán el sustento espiritual que tu alma necesita.

2

Prepara tu mente y tu corazón. Aunque es posible lograr la santidad, hacerlo muchas veces no es fácil. Necesitas dedicar tu mente y tu corazón a la práctica si tienes alguna esperanza de lograrlo.

En 1 de Pedro 1:13, se instruye al creyente a "ceñir los lomos de su entendimiento". Esto quiere decir, de una manera más literal, "prepara tu mente para la acción".

Preparar tu mente para la acción significa hacer un esfuerzo claro y determinado de abandonar el pecado y seguir a Dios en santidad.

Habrà mucha influencia exterior que tratará de desviarte del buen camino. Si no fijas tu mente en un objetivo claro y definido, eres más propenso a salirse del camino que necesitas recorrer para alcanzarlo.

3

Evita el moralismo. [2] Muchas personas tienen una idea equivocada de santidad y piensan que se puede alcanzar siguiendo simplemente una serie estricta de reglas. Las reglas y los rituales tienen su lugar, pero cuando empiezas a cuidar más de aparentar ser santo en lugar de serlo, te encuentras en el terreno del moralismo.

Por ejemplo, si oras en público para que te vean otras personas, tu actitud con respecto a la oración no es tan saludable como debería ser. Puedes orar en público si la situación lo amerita, pero cuando lo hagas, tus oraciones deben ser para comunicarte con Dios.

No hay nada que sea inherentemente malo en verse como una persona espiritual o religiosa, pero esta apariencia debe ser natural. Debes abandonar el deseo de aparentar ser santo delante de otras personas. Si las personas siguen teniendo esa opinión de ti luego, entonces no hay nada malo con ello, pero no hay garantía de que los que estén alrededor de ti percibirán tu deseo de santidad.

4

Apártate. Como se ha señalado, la ley de Dios tiene un papel que jugar con respecto a la santidad. Dios manda a sus creyentes a apartarse del pecado del mundo. Esto no significa que debas aislarte del mundo secular, sino que debes seguir la ley de Dios aunque el secularismo te critique por hacerlo.[3]

En Levítico 20:26, Dios dice: "Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos".

En esencia, "apartado" de los pueblos quiere decir apartarte de la mundanalidad de otras personas. Necesitas apartarte de las influencias que no provengan de Dios.

Entiende que no debes enclaustrarse en un monasterio o en un convento para apartarte de la mundanalidad. Existes en el mundo y si Dios no te quisiera aquí, no te habría colocado aquí.

5

Practica el autocontrol. Nunca escaparás de la tentación aunque empieces a poner en práctica la santidad en tu vida. Sin embargo, cuando enfrentes la tentación tendrás que controlar el deseo perjudicial de ceder para mantener cierto nivel de santidad.

La tentación no siempre viene de forma tangible. Es relativamente fácil para muchas personas resistir la tentación de robar algo de una tienda o de herir físicamente a alguien que las molesta. Sin embargo, es mucho más difícil resistir la raíz de las tentaciones de codicia y de odio.

Para practicar verdaderamente el autocontrol, necesitas hacer más que detener los pecados obvios. Tendrás que protegerte a ti mismo de las debilidades de tu carácter que pueden distraerte de Dios. Estas debilidades incluyen cosas como el orgullo, la envidia, la codicia, el odio, la pereza, la glotonería y la lujuria.[4]